

estalla en toda su trágica verdad. Escobedo, amigo antiguo de Ruy Gomez, llega, enviado por D. Juan de Austria, el inmortal bastardo, á la corte de Madrid. Puesto junto á su hermano por los recelos de Felipe II, para que lo espíase, al poco tiempo se habia convertido de siniestro espía en devoto amigo, por las virtudes múltiples del príncipe arrastrado, y á su soberana influencia rendido y obligado. Diputado como juez severísimo por el rey Felipe junto á su heróico hermano, se trocó, por generosidad propia, en acérrimo partidario del príncipe celado, y cooperador á sus vastísimos planes. Felipe sabia cuantas ideas ambiciosas batallaban ardientes en el cerebro del bastardo; y léjos de atribuir las á la sangre de sus venas y á las exigencias de su posicion, atribuíaselas el cuitado á torpes apetitos. En verdad el jóven, habido de ganancia en misteriosa mujer y criado recatadamente por los campos como á hurtadillas y en triste apartamiento del mundo y de los hombres; al saber su origen, la estirpe á que pertenecía, el padre de quien recibiera vida, ¡oh! debió sentir, por el inmediato logro de grandes ambiciones la impaciencia natural engendrada por la cercanía inevitable á un trono, cuyas gradas se componian de cien pueblos esclavos y cuyo dosel frisaba por su extension y por su luz con los espacios celestes. Un monarca, tan receloso como Felipe II, naturalmente debia desconfiar mas de su hermano á medida que fuera mayor su grandeza. Y D. Juan, despues de haber combatido con los moriscos en las Alpujarras granadinas, renovando el poema inmortal de la Edad Media; despues de haber gobernado con gran consejo en los Países Bajos y haber adquirido lauros allí por sus esfuerzos en la guerra y por su prudencia en la paz; despues de haber juntado su propio nombre con el nombre de la victoria de Lepanto, la mas alta y mas gloriosa de las conseguidas por la cristiandad sobre la media luna; debia sentir cuán madrastra suya fuera la suerte caprichosa, dándole tantas facultades y tan pocos medios de reinar, poniéndolo tan cerca de la corona del mundo y de esa brillantísima corona tan alejado por la sombra de Felipe su hermano, con todo lo cual hervian exaltadas pasiones en su corazon y pasaban por su cabeza nubes tonantes de tempestuosas ideas. Victorioso en Túnez, habia creído el infante bastardo, que podia recortarse allí, en aquel sitio de Africa, donde reinó un dia Cartago, cristiano trono para sí, por lo cual conservó,

contra las órdenes régias desde Madrid enviadas, las fortalezas de la ciudad vencida; y puesto luego en el gobierno de Flandes, cuando, viuda ya del delfin de Francia, ocupaba el vacilante trono de Escocia María Estuardo, pensó en casarse con esta reina, entonces amenazada pero no presa, y derribar á Isabel, restableciendo la casa de España en el trono y la religion del Pontificado en el altar, de donde las habian despedido recientemente los empeños de la fatalidad y de la muerte: proyectos vastísimos, fáciles de comprender en quien habia nacido de un Emperador tan grande como Cárlos V, y habia desde su primera juventud firmado alianzas con la victoria en tantas y tan gloriosas guerras.

Pero estas idealidades y estas ambiciones del príncipe inquietaban mucho al rey. Para este, colocado D. Juan de Austria en el trono de Túnez, pugnaria muy pronto por el trono de Sicilia; y colocado en el trono de Sicilia, pugnaria muy pronto por el trono de Nápoles; y colocado en el trono de Nápoles, pugnaria muy pronto por la conquista de Italia; renovando dificultades, no bien cerradas ni por las victorias de Fernando el Católico su abuelo ni por las victorias de Cárlos V su padre, tanto en el Norte como en el Mediodía de la hermosa península. Y no digamos nada de lo que parecia un proyecto, como el proyecto de Inglaterra y sus concordantes á un rey como el rey de España, herido por sospechas acabables y recelos continuos. Para Felipe II, Juan de Austria no se detendria en la Gran Bretaña y sus reinos despues de haber destronado á Isabel y sus protestantes: conducido por la fatalidad de sus propias victorias á cerrar el centro de todas las conspiraciones contra su religion y contra su dinastía, iríase á Flandes seguidamente, y desde Flandes quizás pensara en disputar á su envidiado y envidiable hermano el trono de España, extendiendo, como todos los reyes del Norte, sus dominios por las tierras felices y bienhadadas del Mediodía. Para pensar así no le faltaban motivos, dados indudablemente por el proceder de D. Juan, quien, presa de ambiciones é impaciencias irremediabiles, no se contentaba con pensar esto para sí, en sus adentros, y comunicárselo, cuando mas, á su señor natural, sino que lo convenia con el Papa Pio V, muy pagado de quien habia unido su nombre á la victoria sobre los turcos, y lo trataba con los Guisas, amigos unas veces, pero muchas otras enemigos implacables de los

Austrias. Así es que no podía llegar Escobedo á Madrid en momento mas desfavorable para su señor y dueño D. Juan que aquel tenebroso momento solo propicio á injuriosas sospechas en el ánimo suspicaz y receloso del torvo y siniestro monarca.

A otro cualquier monarca se le hubiera ocurrido, en el acto, dirigir observaciones al infante, y disuadirle, mostrándole todas las dificultades como debe mostrarlas á la calorosa y desasosegada impaciencia, la fria y severa razon de Estado. Nada mas natural que presentar observaciones amistosas á quien estaba unido tan estrechamente con él por los lazos de la sangre; y si no bastaban las observaciones amistosas, nada mas fácil que dictar órdenes á quien, sometido y subrogado por su propia conciencia y voluntad al rey, no tenia mas remedio que obedecerlas y cumplirlas. Pero el monarca, en las suspicacias propias de su complexion y en las sospechas propias de su natural receloso, no quiso mirar al infante como á un hermano del alma y lo miró como un confabulador peligroso. Pero aun mirándolo así, parecia justo que arremetiese con el verdadero culpado, y no con su fiel emisario. Castigando al ambicioso, quizás cometia un acto de ingratitude cruel, pero de previsora política; mientras que castigando al embajador mas ó menos oficioso, perpetraba un crimen inútil. Y para que se vea la miseria moral de aquel monarca, presentado por todos los reaccionarios como acabadísimo ejemplo y tipo y modelo de la política ortodoxa y católica, no hay sino decir que las mismas disposiciones tomadas contra Escobedo, las tomara sin la instigacion de Antonio Perez y su princesa, empeñados en perder á quien queria perderlos á ellos, delatando en los Consejos del monarca sus cohechos y sus escándalos. No se hable de la religion y de la moral de unos tiempos, en que todo un monarca español, para corregir errores mas ó menos graves de un su hermano tan excepcional como D. Juan de Austria, no tiene otro medio á su arbitrio ni encuentra otro recurso en su conciencia que un vil asesinato. Para que se vea como la religion eterna y la eterna moral están alejadas entonces, en aquellos tiempos clásicos del catolicismo español, como están alejadas de la religion oficial, se comete tal asesinato despues de haber oido á un confesor y á otros doctores y teólogos, quienes, antes de perpetrado, lo aconsejan; y despues de perpetrado, lo excusan; so color de que un rey, á cuyo imperio

pertenece la vida de sus vasallos, puede matarlos á traicion y por la espalda, prescindiendo de todo juicio, y alcanzar en este crimen aborrecible y abominable hasta la complicidad del Dios de la justicia.

Pero narremos, porque la narracion basta de suyo para condenar sin remedio al culpado. Escobedo tenia, como hemos dicho, amistad estrecha con Ana de Mendoza y con Antonio Perez. Provenia tal afecto de que Ruy Gomez lo habia colocado en los Consejos del monarca, y Antonio Perez lo habia expedido para seguir y acompañar á D. Juan de Austria. Hombre de afectos honradísimos, el embajador espía trocado en devoto súbdito del Príncipe, frecuentó la casa de Antonio Perez por gratitud á quien le diera un puesto de su agrado; y visitó la casa de la princesa por culto á la memoria de su marido y al recuerdo de sus múltiples favores, por éste dispensados en su vida. ¡Cuánta no seria la extrañeza del recién venido, que imaginaba encontrar en el palacio de los Eboles un culto fúnebre propio de la desolada viudez, cual cumplia ciertamente al nombre del magnate y al honor de sus numerosos hijos, y se encontró con la fiesta continua, la orgía nocturna, los juegos de perdicion, las cenas de voluptuosidad, las jácaras propias de vergonzosas zahurdas, la venta de los cargos públicos, los amores adúlteros y escandalosos! Fiel á la memoria de su protector, no podía tolerar este agravio póstumo á su acrisolada honra. Un dia, en que los desórdenes habian llegado á sus últimos extremos y á sus últimos extremos tambien la paciencia del amigo, dejóse decir entre dientes que debia delatar al rey, para que les fuese á la mano, tantos y tan protervos horrores. Oir tal concepto la princesa y comunicárselo azorada y fuera de sí al valido fué obra todo ello de un minuto. Antonio Perez, ligero, sin entrañas y sin conciencia, digno ministro de aquel soberano infame, deslizó en sus oidos, fáciles á todas las delaciones, el maquiavélico relato de los proyectos acariciados por D. Juan de Austria y sostenidos por su delegado. A cualquier otro estadista, que no fuera Felipe, ocurriérasele cerciorarse del fundamento de tales delaciones, y apurar los medios que tenia Escobedo para cumplir y llevar á cabo tan desvariados planes y tan locos intentos. Pero á Felipe II, incierto, irresoluto, temeroso, teniendo todos los medios en las manos y en su alto cargo y oficio todas las facultades necesarias para hacer cumplida justicia, solamente se le ocurrió

como al último de los criminales, el último de los crímenes, el asesinato á traicion y por la espalda. Apelóse primero al envenenamiento. Una tisana venenosa por una sierva del alojamiento en que vivia Escobedo, apercebida y preparada, trájole vómitos horribles y dolores de muerte. Presa la esclava, quien despues de todo habia cumplido mandatos á los cuales no podia evadirse, fué ahorcada en la plaza de Madrid, sin que Felipe II se moviera de ningun modo á misericordia, ni salvara como era de su deber aquel dócil instrumento de sus infames venganzas. Hubo que apelar á otro medio. Posa-ba el enviado de D. Juan tras el camarín de la Virgen de la Almudena. Cuantos hemos visto el estrecho callejon, que conducia de la Calle Mayor y de la Plaza de los Consejos, á la posada de Antonio Perez, alcanzamos cuán fácil era en el silencio y soledad de la noche, á la luz mortecina de las lámparas sacras, en sombrío recodo, entre paredes altas y oscurísimas espaldas inhabitadas de templos y palacios, asesinar á un hombre. Y en efecto, allí, á las altas horas, un enviado de Antonio Perez, quien era enviado á la vez de Felipe II, mató al honrado Escobedo á traicion y por la espalda.

Mucho escándalo movió en la corte aquella triste aparicion de un cadáver tan principal tendido en la calle por tan misteriosa manera. Las gentes se hacian cruces, al ver que allí, donde residia rey tan receloso, con tribunales tan varios y altos, con ejércitos de verdaderos espías y esbirros, con tal número de alguaciles, con gentes de golilla y traje negro tan abundante como las moscas en verano, pudiese aparecer Escobedo asesinado, en medio de la calle, sin saberse quién fuese á ciencia cierta el asesino. Tenia el muerto valedores, parientes, amigos; una viuda, que al cielo clamaba; un hijo, ya crecido, con honores de real secretario, quien pedia justicia, y hallaba la reserva del silencio y la sombra del misterio en sus caminos, oponiéndose callado en su horror á estas impacencias legítimas por el castigo al criminal y el cumplimiento de la justicia. Hasta los astrólogos intervinieron, y consultados en consultas estrafalarias algunos, dijo el mas sábio en lectura de sinos é interpretacion de rayas en la mano y de astros en el firmamento, que habia matado á Escobedo un cierto valido del rey, por maleficio de su dama, rica y poderosa princesa. Y aun contaba mas; aun se contaba que, habiendo ido á dar el pésame la de Eboli á la viuda de Escobedo, ésta, herida en su corazon mor-

talmente, se desahogó con palabras, las cuales mostraron, bien á las claras, el origen y encono de su desgracia. Todo esto es natural y lógico. Pero incomprendible y sin justificacion alguna en la conciencia y en la historia es el proceder de Felipe II, mas incomprendible, cuanto mas, y con mayor cuidado, se mira y estudia. Escobedo no muriera sin el impulso de su voluntad soberana. Felipe II era el motor inmóvil de aquel crimen, el verdadero asesino. Antonio Perez, llamado á ordenarlo por su orden; y el ejecutor, llamado á cumplirlo por la orden de Antonio Perez, resultan, dadas las circunstancias de aquel tiempo y las condiciones de aquel Estado, tan fatales instrumentos como el puñal que rasgara el pecho de Escobedo y partiera su corazon en pedazos. Quedábanle, pues, al rey, dos caminos que seguir: ó una reserva tal que aquel crimen se hundiera en el olvido, propio de una corte servil y de una monarquía absoluta, ó la manifestacion clara y explícita de haberlo mandado por profundas razones de bien público atendibles y apreciables solo por su voluntad y por su conciencia soberanas. Pero todo el drama de Antonio Perez acusa en el rey timideces y vacilaciones sin ejemplo; miedo mayor á la responsabilidad contraida por un crimen verdadero ante la justicia del sentimiento público, no muy fácil de mover y expresar en aquella máquina neumática del absolutismo, que á la responsabilidad contraida en su interior y por sus móviles morales ante la misma justicia del Eterno. Lo cierto es que apenas creeríamos cómo procedió, si no estuviera su proceder acreditado por la historia mas depurada y por los testimonios mas fehacientes. Mateo Vazquez le refiere cuanto sucedia en una Memoria, la conmocion del sentimiento público, la demanda de la familia vulnerada, el horóscopo de los astrólogos, los insultos de la viuda, los pesares de la princesa, la responsabilidad atribuida por el vulgo al secretario Perez, la urgencia de un remedio; y el rey aplaza esto, remitiéndolo á nuevo proveer, cuando debiera ó castigarlo en su raíz castigándose á sí mismo por su imprevisora cobardía, ó hundirlo en silencio y olvido, tanto mas fáciles cuanto que nadie osaba mirar en aquella ergástula de siervos cara á cara los ojos deslumbrantes del absoluto monarca. Y llama el pérfido y doble á su ministro Antonio Perez; le comunica las sospechas de su secretario Mateo Vazquez; y enciende con este chisme, impropio, no de un rey, de un hombre, la guerra entre los dos validos. Y cuando